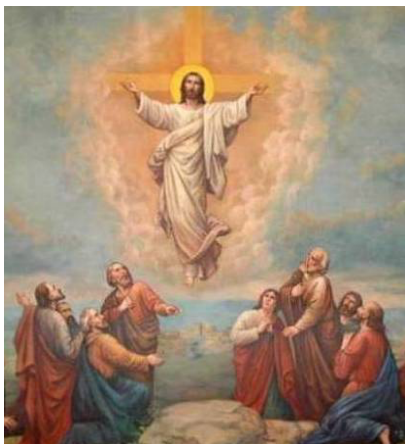




Según la antigua tradición, es mediodía cuando Cristo se dispone a ascender al Cielo. Está rodeado de su Madre, de sus apóstoles y de un centenar de discípulos. Todos saben que el Maestro va a partir y ascender a la gloria para reunirse con el Padre. La Santísima Virgen mira a su Hijo tal y como lo miró en el pesebre, durante su vida en Nazaret, en la Cruz y en la Resurrección. Repasa todos esos acontecimientos que culminan en este momento definitivo: la ascensión de Jesús a la gloria. ¿Qué sentimientos la embargaban? ¿La tristeza de tener que separarse de Jesús una vez más? Un sentimiento humano así habría sido natural. Pero no fue así. Escuchemos al gran predicador benedictino Dom Guéranger:



«Uno se preguntaba qué prevalecería en aquel corazón maternal: si la tristeza de no volver a ver a Jesús o la alegría de sentir que Él iba a entrar por fin en la gloria que le correspondía. La respuesta surgía rápidamente en la mente de aquellos verdaderos cristianos, y nosotros también nos la daremos a nosotros mismos. ¿Acaso no había dicho Jesús a sus discípulos: «Si me amaseis, os alegraríais de que me vaya a mi Padre»? (Jn 14, 28). Ahora bien, ¿quién amó más a Jesús que María? El corazón de la madre estaba, pues, lleno de alegría en el momento de aquella inefable despedida. María no podía pensar en sí misma cuando se trataba del triunfo que correspondía a su Hijo y a su Dios. Tras las escenas del Calvario, ¿podía aspirar a otra cosa que a ver por fin glorificado a Aquel a quien ella conocía como el Señor soberano de todas las cosas?».

Podemos observar que en cada una de las series de misterios se medita una separación entre la Santísima Virgen y Jesús. En los misterios gozosos, es la pérdida de Jesús en Jerusalén. En los misterios dolorosos, es la muerte de Cristo en la Cruz. Por último, en los misterios gloriosos, Nuestro Señor abandona la tierra, donde Ella está llamada a permanecer aún algún tiempo. Pero tanto como predominó el dolor en las dos primeras separaciones, esta vez es una alegría inmensa la que habita en el Corazón de la Santísima Virgen. Una alegría por verle entrar en la gloria. Al igual que en la Cruz, donde Ella estaba unida a su dolor, en la Ascensión María está unida a la gloria de su Hijo.

¿Y los apóstoles? También ellos están llenos de alegría, nos dice el Evangelio. Pero la Ascensión supone también para ellos el comienzo de una nueva vida. Antes de partir, Cristo se dirigió a ellos por última vez, encomendándoles la mayor misión jamás confiada a los hombres: *«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, será condenado»*. (Mc 16, 15-16) San Mateo completa la frase de san Marcos: *«Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado»*. (Mt 28, 19-20) La Ascensión es el envío de los apóstoles al mundo para anunciar el Evangelio por todas partes. Vemos aquí los tres elementos de esta misión confiada por Nuestro Señor a su Iglesia: bautizar, enseñar la fe y hacer cumplir las leyes divinas.

Bautizar, es decir, convertir a cada persona en hijo de Dios y administrarle los sacramentos. Enseñar la fe, es decir, enseñar a todos los hombres la verdad de la Revelación: la Santísima Trinidad, Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, la vida eterna... Es enseñar el Credo. Por último, es hacer que se cumplan las leyes divinas, cuya observancia es necesaria para ir al Cielo, y ayudar a los fieles a respetarlas con la ayuda de los sacramentos y la oración.

Esta Iglesia, confiada a los apóstoles en el momento de la Ascensión, es **Una**, pues es el cuerpo místico de Cristo, que es «uno»; **Santa**, pues es la Iglesia de Cristo, que es la santidad misma, y está gobernada por el Espíritu Santo; **Católica** —del griego *Katholicós*, es decir, universal—, pues se dirige a todos los hombres sin excepción; **apostólica**, porque los apóstoles recibieron de ellos el encargo y debe anunciar el Evangelio a toda la tierra en un apostolado universal. Sí, qué misión tan inmensa, imposible a la vista humana, la que Nuestro Señor encomendó a los apóstoles en este día de la Ascensión.

Contemplemos ahora a Nuestro Señor. Tras desaparecer de la vista de los apóstoles, en su ascensión hacia el Padre, Jesús es aclamado por las innumerables almas a las que ha abierto el Cielo. Entre ellas se encuentran San José, San Juan Bautista, sus abuelos, Santa Ana y San Joaquín, así como el buen ladrón. También es aclamado por la multitud de ángeles y se reencuentra con aquellos que le asistieron en la tierra: el ángel Gabriel, mensajero de la Anunciación; los ángeles que cantaban en su Natividad; los que le sirvieron tras la tentación en el desierto; y el ángel que le sostuvo en su agonía. Atravesando en gloria esta inmensa multitud, se presenta ante el Padre y le muestra el cumplimiento de su misión. Ha sido obediente hasta la muerte en la Cruz. Ha abierto el Cielo a los hombres al redimir sus pecados y los ha reconciliado con Dios. Ha fundado su Iglesia para conducir a las generaciones futuras hacia su salvación eterna. Entonces, en la gloria, Cristo Rey se sienta a la derecha del Padre.

¡El Cielo! Meta de nuestra breve vida terrenal y que debemos desear ardientemente, tal y como indica el fruto de este misterio. Pero para desearlo, hay que intentar comprender qué es. En su libro Consideraciones sobre las verdades eternas, san Alfonso de Liguori muestra lo difícil que resulta imaginarse la realidad del Cielo, tan grande es la distancia entre nuestro mundo aquí abajo y la felicidad indescriptible de estar con Dios, la Santísima Virgen, los ángeles y todos los santos por toda la eternidad:

«Es imposible que comprendamos en esta vida qué alegría supone ver y amar a Dios cara a cara. Sin embargo, podemos hacernos una idea a partir de lo que sabemos del amor divino. (...) ¡Qué dulzura experimenta el alma cuando, iluminada por un rayo de la luz divina, descubre en la oración la bondad de Dios, sus misericordias hacia ella, el amor que le ha profesado y que siempre le profesa Jesucristo! El alma se siente entonces consumida y desfallecida de amor. Y, sin embargo, en esta vida no vemos a Dios con claridad ni tal y como es. Por el momento, tenemos una venda sobre los ojos; y Dios, por su parte, ocultándose tras el velo de la fe, no se muestra a nuestra mirada. Pero ¿qué será cuando la venda caiga de nuestros ojos y, al desaparecer el velo, veamos a Dios cara a cara?»

El Cielo es, pues, ante todo, estar con Dios mismo, nuestro Creador. Es estar sumergidos en su majestad, su poder, su Amor. Es permanecer en el fuego del Corazón del Padre, ser irradiados por el Amor del Espíritu Santo y vivir con Cristo en su gloria. Pero ahí estarán también nuestra Madre del Cielo y todo el pueblo de Dios con quien viviremos: los ángeles, en particular nuestro ángel de la guarda, los santos, algunas de las personas que habremos conocido en la tierra —familia, amigos e incluso esos enemigos convertidos por la gracia y la misericordia divina—. Este Cielo no es un estado estático, una especie de ingravidez mística que casi podría dar miedo. En «vida eterna» está la palabra «vida»: una verdadera vida en sociedad, como en la tierra, pero donde Dios estará en el centro y donde todo será bello, justo y caritativo en las relaciones entre unos y otros. Una vida de gloria, recibida de Cristo, que no tiene nada que ver con la pálida y vana gloria terrenal. Santa Teresa de Ávila tuvo la suerte de tener una visión del Cielo:

«El Señor quiso mostrarme, en espíritu, una parte de la gloria del cielo; y comprendí cuán incomparable es con todo lo que se puede sufrir aquí en la tierra, y cuán insignificantes son las penurias de esta vida en comparación con esa gloria; y basta una sola de esas gracias para despreciar todas las cosas de la tierra y considerar como nada todo lo que pasa en esta vida».

Para desear el Cielo, también podemos fijarnos en su antítesis y querer evitarla a toda costa: el infierno eterno. El infierno es estar separado de Dios y de su Ciudad celestial para siempre. Es estar sumido en un mundo de horror donde todo no es más que odio entre unos y otros, sufrimientos perpetuos y atroces remordimientos por no estar con Dios por nuestra propia culpa. San Juan Crisóstomo señalaba que el propio Señor Jesucristo predicaba más a menudo sobre el infierno que sobre el Cielo. En Fátima, Nuestra Señora mostrará el infierno a tres niños pequeños. He aquí la descripción de esta visión del 13 de julio de 1917:

«Vimos como un océano de fuego. Sumergidos en ese fuego, veíamos a los demonios y a las almas, como si fueran brasas transparentes, negras o cobrizas, con forma humana, que flotaban en el incendio, arrastradas por las llamas que brotaban de ellas mismas con nubes de humo, cayendo por todas partes, semejantes a chispas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, en medio de los gritos y gemidos de dolor y desesperación...»

Recordemos la actitud de los santos. ¡El santo cura de Ars, el papa san Pío X y muchos otros tenían un gran deseo de ir al cielo, al tiempo que temían ir al infierno! Que este misterio de la Ascensión nos

infunda ese deseo de ir al cielo, tanto para nosotros como para los demás. Y si flaqueamos, la visión del infierno debe despertarnos para desearlo aún más. Por eso la Santísima Virgen nos enseñó en Fátima esta oración, que se reza después de cada decena del rosario, y que expresa ese deseo del Cielo para nosotros mismos y para los demás:

«Oh, Jesús mío, perdónanos nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno y lleva al Cielo a todas las almas, sobre todo a aquellas que más necesitan tu misericordia».